



**Educación
ciudadana
en. **C** Ciudad
simulada**

Juan Carlos
Pérgolis

Educación ciudadana en la ciudad simulada

Resumen

Este escrito implica una revisión al texto de Bogotá fragmentada que se publicó hace más de cinco años y que parte de una pregunta: ¿cuáles son las imágenes de Bogotá que permiten que el sentido (de la vida en la ciudad) pueda comunicarse? ¿A través de cuáles imágenes representamos a Bogotá?

Abstract

This writing involves a review of the text Bogotá fragmentada [A Fragmented Bogotá] published more than five years ago, and that had as its starting point one question: What are the images of Bogotá that permits that the sense (that life in the city has) can be communicated? What are the images we use to represent Bogotá?

Palabras clave

Ciudad, imaginarios, identidad, simulación

Juan Carlos Pérgolis

Arquitecto. Magíster en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura. Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. Conferencista invitado en universidades de Hispanoamérica y Europa.

Autor de trabajos y ensayos sobre ciudad colombiana y cultura entre ellos: *Las otras ciudades*, *Bogotá fragmentada*, *Estación Plaza de Bolívar*, *La ciudad de los milagros y las fiestas*, *Ventanal de un sexto piso*. *La plaza, el centro de la ciudad*.

pergolisjuancarlos@yahoo.com

austral77@hotmail.com



Juan Carlos
Pérgolis

Educación ciudadana en una ciudad simulada

El año pasado se estrenó con gran alboroto la película Matrix recargado; después nos llegó la tercera parte de la serie: Revolutions. No las he visto y temo que, al verlas, se me desbarate la complicada reflexión teórica que elaboré, como tantos otros, a partir de la primera película, que veo cada vez que la presentan en algún canal de televisión y, al igual que cuando la vi en cine, en mi pensamiento se confunden la realidad, la realidad virtual y los sueños que tiene el protagonista dentro de la virtualidad. Las tres instancias aparecen reales y no logro evidenciar el paso de una a otra.

Al igual que en la ciudad, la realidad, la simulación y las simulaciones dentro de la simulación se cruzan y se confunden hasta perder sus límites. Creo que hoy nadie se atrevería a decir que el imaginario bogotano es menos real que la ciudad misma y, quizás, cuando hablamos de Bogotá nos referimos más a la ciudad imaginada que a la real. Curiosamente, es esa ciudad imaginada, resultado de percepciones fragmentarias, de prejuicios y de la información de los medios, la que consideramos real.

Aquí quiero hacer un deslizamiento hacia el tema de la educación: En esa ciudad imaginada los conceptos de educación y simulación se acercan notablemente: nunca en la historia de la pedagogía el simulacro (es decir, la simulación fascinante) tuvo un papel tan significativo. El que creemos observador pasivo, «el que llamamos interactuante en red», acepta y vive intensamente la simulación de la virtualidad. Pero así como navega nómada en la red, navega la ciudad, es el pasajero que desde la velocidad de los desplazamientos atesora imágenes de acontecimientos simbolizantes para conformar su cultura urbana, que es el resultado de un proceso educativo originado en la práctica significativa con la ciudad. Esto es ir más allá del reconocimiento de las formas urbanas: la práctica implica la vida en la ciudad y con la ciudad.

Es de todos y de nadie, dice una una señora, citando la frase más común y arbitraria sobre la ciudad.

- Es violenta, agrega otra.

- Hace unos años decían que era coqueta,

¿recuerdan? Fue uno de los primeros

acercamientos sensibles a la ciudad... tercia la amiga ¡pasó tanto tiempo!..

- Está más cerca de las estrellas... concluye la más

callada del grupo, - porque hablaban de

Bogotá, ¿verdad?

En menos de una década la preocupación por la ciudad pasó de la reflexión sobre la totalidad y sus partes al problema de la representación, a la comprensión de las múltiples realidades, cada una de ellas una parte, un «fragmento». El siglo XX que se inició con el discurso de la relación entre las partes y el todo, concluyó con el mismo discurso, pero señalando la independencia de esas partes, buscando fragmentos. Se puede concluir diciendo que la idea de detalle, parte que explica el todo, dio paso a la de fragmento: parte que se explica a sí misma y está fuera de cualquier contexto.

Bogotá simulada, actual etapa de la investigación que estamos adelantando, se basa en las narraciones sobre los comportamientos en la ciudad, en los relatos fragmentarios, aparentemente ajenos a cualquier totalidad, pero capaces de mostrar los rasgos de la vida en la ciudad -que son su cultura- y los múltiples imaginarios que se tienen de la ciudad.

- Pero... si cada relato, es un simulacro de ciudad... ¿cuál es la realidad? -se pregunta lleno de dudas alguno, tratando de invalidar el método y dejar en evidencia la arbitrariedad de los relatos. Sin embargo, esa pregunta me confirma la validez del método. Una frase de Italo Calvino en Las ciudades invisibles dice que «La mentira no está en las cosas, sino en el discurso



que las describe», aunque intuía que lo que hay en el discurso no es una mentira, sino una descripción hecha desde el imaginario, porque también el discurso se filtra a través del inconsciente, antes de que el lenguaje lo vuelva consciente... Por eso, no pretendo hablar de las formas de la ciudad, ni de sus significados; los relatos que narran la ciudad y la vida en ella van más allá: se asoman a un horizonte de sentido, aunque

Porque en cada signo que producimos, en cada mensaje que mandamos, en cada palabra lanzada al aire y en cada mirada que se pierde al final de alguna calle, se esconde un deseo...



Ante la multiplicidad de realidades, la ciudad busca darle un horizonte de sentido a todas las acciones,

aparentemente contengan mentiras que no son sino la visión de la ciudad desde el inconsciente, eso que llamamos imaginario.

... Ahora quiero hablarte de aquella mañana lluviosa, cuando caminamos por la Jiménez hasta el Parque de los Periodistas ¿Recuerdas? Cansados de hablar y de mirarnos, comenzamos a escuchar partes de las conversaciones de quienes pasaban caminando a nuestro lado y con todos esos fragmentos armamos nuestro propio diálogo, nuestra conversación hecha de deseos ajenos, tan parecidos a los nuestros, que pudo haber sido nuestra propia conversación, los signos de la realidad de ese momento...

a toda la información, a todos los eventos, así como en el marco del pensamiento moderno la ciudad intentó explicarse a través de la significación y ser entendida a través de una realidad única e indiscutible. O es lo contrario: ¿son las acciones, la información, los eventos, los que intentan darle sentido a la vida en la ciudad? Creo que ambas instancias son válidas. Porque los significados provienen del reconocimiento de las formas significantes y el reconocimiento de nosotros mismos entre esas formas nos conduce a la identidad, a la pretendida realidad, a la realidad deseada. - ¿Deseada o simulada? -insiste alguien. - No lo sé... tal vez todo lo que consideramos «realidad» sea simplemente una expresión de nuestros deseos.

Hagamos una reflexión sobre este tema y la educación: La ciudad educa en todos los momentos, a través de todas las actividades y de todas nuestras representaciones, porque, para representar la ciudad, hay que atravesar un proceso educativo. Entonces, no hay una instancia educacional o educativa específica. Todas las instancias lo son, porque la ciudad es el marco de nuestra existencia, como diría Norberg-

- Es cuestión de identidad, tenemos que reconocer nuestra identidad, comenta alguna persona, con la convicción de quien lee un manifiesto, pero con la tensa emoción que antecede a un descubrimiento en el que se depositan muchas esperanzas.
- Y la identidad de nuestra ciudad, que seguramente es resultado de las

La representación, que es la imagen, resulta del efecto de un estímulo reciente sobre una percepción anterior o presentación.



Shulz: es el espacio existencial y como tal aparece en nuestras representaciones.



muchas identidades que coexisten... agrega otra, con más deseo que certeza, porque, sin darse cuenta, intenta conformar un simulacro de ciudad para asumirlo como realidad. ¿Qué imágenes de Bogotá deambulan por el pensamiento de estos personajes? ¿Cómo representan la ciudad de la que hablaban?

Pero, ¿qué imágenes de la ciudad atesoran los protagonistas de ese diálogo? Y ¿qué estímulos les produjo la ciudad que hizo aflorar ciertas imágenes que en sus frases aparecen mediadas por el mundo de sus deseos?

Como quien cierra una a una las ventanas en un programa de computación para salir de él, el protagonista de The Matrix muere en el sueño dentro de la realidad virtual para salir de ella, para escapar del programa. Bogotá - Bogotá virtual - Bogotá deseada; finalmente, el juego se desarrolla entre los infinitos estímulos que produce la ciudad, las también infinitas imágenes de la ciudad que cada uno guarda en su inconsciente y el deseo. La ciudad educa a través de los estímulos que propone. Trabajar sobre la educación ciudadana significa, entonces, revisar los códigos de esos estímulos: comprenderlos y hacerlos parte de nuestra vida.



En realidad, este escrito implica una revisión al texto de Bogotá fragmentada que publiqué hace más de cinco años y parto de una pregunta: ¿cuáles son las imágenes de Bogotá que permiten que el sentido (de la vida en la ciudad) pueda comunicarse? ¿A través de cuáles imágenes representamos a Bogotá? ¿Qué elementos de la ciudad nutren su narrativa? Las respuestas a estas preguntas se acercan a los interrogantes que aparecieron frente al diálogo de los sujetos referidos anteriormente; porque la representación permite que el sentido pueda comunicarse. En la imagen de Bogotá subyace un deseo y su expectativa de satisfacción; por ese motivo me interesa observar cuidadosamente las imágenes de los relatos para encontrar esos deseos.

Esto nos lleva a mirar un corpus heterogéneo de objetos culturales: la ciudad del nómada, del acontecimiento efímero y de la extensión indeterminada no puede ser investigada desde la rigidez conductista; mucho menos puede ser encasillada en normativas ajenas que intentan reprimir sin comprender. Educación no es dogma, es existencia. La investigación muestra que aquella actitud que confundía la educación con el dogma ya no es válida:

la ciudad adquirió autonomía en el diálogo con el habitante: ambos enseñan y aprenden, se relacionan en el concepto de deseo.

...Transmilenio se detiene en un semáforo. Otro bus se acerca hasta quedar a la par del nuestro; ante mí pasan otras ventanillas con otros pasajeros. Creo verme sentado detrás de la cuarta ventanilla del otro bus: - es mi reflejo, me digo a mí mismo; pero no es reflejo, soy yo allá sentado. Con temor y asombro, cruzo una mirada cómplice con mi otro yo; creo que nos sonreímos más allá del cansancio del día de trabajo. Los dos transportes arrancan en medio de una nube de humo negro. Más allá de nuestro reflejo en el vidrio está la noche bogotana; nuestra imagen suplanta al paisaje, somos el paisaje. ¿Somos los signos de lo real?..

Recorro los canales de televisión que trae el cable, pero pienso en las realidades simultáneas que me mostró The Matrix, el mundo del protagonista, el simulacro del software -que también es su mundo- y sus sueños. Bogotá simulacro, sin referencias entre lo real y lo imaginado. Los imaginarios que modelan la ciudad virtual de sus habitantes conforman una Bogotá tan real como la que llamamos real y quizás más aún.

Baudrillard señala que hoy el simulacro antecede a la realidad y es una imagen creada con el fin de fascinar.



Los imaginarios de la ciudad son fascinantes y ante esa revelación me detengo, sorprendido, en un canal cualquiera.

¿Qué hay detrás de los imaginarios negativos de Bogotá? Tal vez, la fascinación del horror que muestran los titulares de los noticieros anunciados con voces estremecedoras; o los extraños videos musicales donde la estética del horror y la violencia impiden cualquier imaginario a partir de la música misma o permiten crear un imaginario paralelo más allá de la música. Mi pensamiento vuela hacia el angustioso proceso de renacimiento del protagonista de The Matrix dentro del software.

Neil Leach sugiere que el fenómeno de estetización aparece como un mecanismo de defensa ante los aspectos más duros de la realidad y «que, en la era de la estetización, los aspectos más lúgubres de la vida son los que tienen la capacidad de proporcionar una respuesta, porque -según él- lo que es lúgubre y áspero parece prestarse a la estetización». Bogotá insegura - no salgas, ten cuidado, ve a la defensiva; Bogotá del terror; Bogotá gris, sórdida. No son muy diferentes los titulares de la prensa escrita: el horror vende, aunque en la primera página del diario coexisten las noticias más desgarradoras de la realidad nacional -o mundial- con las sonrisas de las reinas de belleza,

la euforia del concierto de la noche anterior o los modelos del último fashion... ¿Es otra realidad o es otra cara de la misma realidad?

Por otra parte, Baudrillard dice que «la simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, sino que es la generación por modelos de algo real, sin origen ni realidad»: lo llama hiperrreal. ¿Cuál era la realidad para Neo, el personaje de The Matrix, cuando estaba dentro del software? ¿Y cuál era, cuando en sueños, luchaba hasta morir para escapar del programa?

Algunas veces, la realidad de la ciudad está envuelta en capas y quitamos una para encontrar la siguiente, pero cada una de esas capas muestra una realidad; como cuando abrimos una muñeca rusa para encontrar otra igual en su interior. La ciudad es como la matriz de la película y la matriz es como las muñecas rusas, una dentro de otra sucesivamente.

También quisiera que esta aproximación a Bogotá me permita configurar un atlas virtual cuyos mapas no estén dibujados, sino narrados, como el juego de realidades en The Matrix, como las ciudades invisibles que el Marco Polo de Ítalo Calvino relata a Juhlai Kan. Aunque tal vez deba decir croquis, en vez de mapa, porque el croquis es más leve y la levedad es inherente a la técnica y a las herramientas de la literatura, pero mapa es la palabra que utiliza Baudrillard.

Neil Leach, seguidor de Baudrillard, señala que el mundo actual vive un éxtasis de la comunicación a través del cual las imágenes nos saturan y ante ello el signo se vuelve invisible, desaparece y se neutralizan los significados. Bogotá de las imágenes, Bogotá fascinante, Bogotá que simula para encantar. Pero cuando el significante se repite, se produce un vacío en el significado, des-encanta.

¿Qué ocurre en la primera página del diario? Será por ese motivo que reinas, conciertos, paisajes y top models coexisten con las noticias más desgarradoras de una violencia que siempre creímos nuestra y ahora vemos a escala planetaria? Es curioso, pero aquel mundo fascinante, aquellas imágenes de una Colombia brillante, que atrajeron nuestra mirada durante la investigación Bogotá fragmentada, hoy cansan, saturan y evidencian su condición de realidad impuesta: muestran un mundo «light» impuesto a la brava...

Insisto en Bogotá violenta, dice una mujer.

- ¿Qué?, interroga la otra con expresión de duda.

- Yo prefiero «Bogotá coqueta», agrega la tercera.

- No entiendo...

dejemos a Bogotá... sin adjetivos y la expresión de duda se convierte en extrañeza.



En muy pocos años, la ciudad significativa dejó de asombrarnos: Bogotá coqueta de principios de la década de 1990 nos sedujo y el discurso de la Alcaldía nos la mostró joven, femenina y tan desprevenida que nos acercamos a ella con los cuidados y la prudencia de la cultura ciudadana. Luego Bogotá brilló más cerca de las estrellas, madura y cautivante, bellísima a través de sus fantásticas obras. ¿Qué nos des-encantó de aquellos discursos que la mostraban seductora? ¿Fue el paso del tiempo?



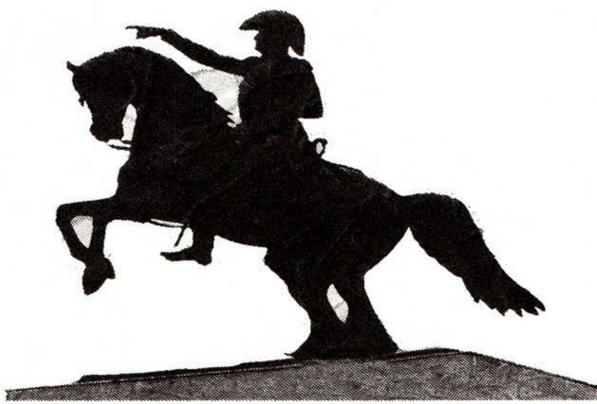
Retomo una vez más a Baudrillard cuando dice que la información se agota a sí misma en el proceso de comunicación; la presión que ejerce la información desestructura lo social, ya que no permite el intercambio, porque la información de los medios es unidireccional: simplemente, nos llega y se mete, sin advertirnos, en nuestro imaginario. Bogotá de un noticiero, o del otro, vista desde aquí mismo o desde Atlanta, Roma o Bonn. Pero Bogotá también está allí, a pocos metros más allá de mi ventana. Camino hacia ella, me asomo y la veo, matizada y teñida en mi imaginario por la ciudad que acabo de ver en los medios, lejos de ser la joven desprevenida o la ciudad madura y seductora cercana a las estrellas. ¿Real o imaginada? No importa: al igual que Neo, el personaje de The Matrix, no discuto las realidades. Quizás veo más aquello que quiero ver que lo que hay más allá de mi ventana.

Cuando lo imaginario se convierte en realidad no hay lugar para lo real, todo es imagen. Así, en un mundo donde todo es tan político, tan sexual y tan estético, parece desaparecer la política, el sexo y el arte. Eso convierte el espacio social en un fetiche abstracto, inundado de imágenes, saturado de comunicación.

... Mira, mira... gritaste asombrada y vimos pasar un jinete galopando sobre el eje ambiental, en pleno centro de Bogotá. La imagen impresiona tanto que al día siguiente aparece en la primera página de El Tiempo. El pie de foto dice: «como si fuera a campo abierto, este reciclador -se trata de un reciclador- galopa por el Eje Ambiental de la Jiménez, después de llenar su costal que le servirá para buscarse la comida». El Llanero Solitario en medio de la ciudad, dijiste, y alguien que estaba cerca se rió. Es contradictorio ver que sobre la misma calle por donde pasa el sistema de transporte TransMilenio -paradigma de todo lo nuevo en Bogotá- galope este personaje.

Justamente allí, por donde pasaba el camino Muisca al Boquerón de Monserrate, allí donde la calle Real de la Colonia brincaba sobre el río San Francisco y allí donde la modernidad dio sus primeros pasos con el entubamiento del río. Allí también donde el recién estrenado eje ambiental recuerda al río entubado con una alegoría de canal y cascadas; pero el jinete que galopa no es una simulación, ni una huella, es la evidencia clara del pasado rural, que se hace presente.

Ya no podemos hablar de una realidad única, una historia oficial o una cultura oficial, sino de múltiples imágenes propuestas desde diversos puntos de vista. Por ese motivo, los procesos educativos no pueden ser lineales ni excluyentes; esto implica una revisión del concepto de educación desde su propio significado, es decir: la enseñanza



de reglas y códigos de comportamientos de un determinado grupo social en su interacción al interior del mismo o la adopción de esos comportamientos por parte de los externos al grupo, para ser aceptados en él. La multiplicidad de grupos incluyendo a todas las minorías y la simultaneidad de acontecimientos ofrecen un espectro de comportamientos tan amplio que atomizan la acción educativa en una infinidad de posibles escogencias de modelos. Esta es la gran diferencia con la idea de educación en la ciudad tradicional.

Quisiera citar otra película relativamente reciente: La boda o, en su título original, La boda monzón, la fascinante (fascinante en los estrictos términos en que Baudrillard utiliza esa palabra) película hindú, que termina con una fiesta de casamiento bajo la torrencial lluvia que traen los monzones. ¿Cuáles son las particularidades hindúes en esa película? Sin duda, la concertación familiar del matrimonio más allá del interés de los novios, pero, asombrosamente, el pensamiento, los rasgos y el mundo en que se mueven los personajes es familiar.

Miremos una escena: el organizador de la fiesta de casamiento, profesional empírico del tema y empresario de sí mismo, le ofrece su tarjeta personal y profesional a la empleada doméstica y, seguro de mostrarle un mundo nuevo, agrega con arrogancia: - Esto que dice abajo es por si quieres

comunicarte conmigo por computador. - Ah, su e-mail, responde con naturalidad la empleada, mostrando, también ella, su conocimiento del mundo.

Otra película hindú: Samsara, un mundo de lamas y agricultores perdido en las alturas del Himalaya. Pero cuando aparece la ciudad, -un pequeño poblado donde se comercia el trigo- nos parece ver cualquier pueblo colombiano de tierra fría en día de mercado: ventas de chaquetas de nylon, electrodomésticos, cachuchas y gafas oscuras; en uno de los andenes hay un cartel muy familiar en la puerta de un negocio que anuncia el contacto con el mundo: Café-Internet. Podría ser Yacuiba en Bolivia, Ciudad del Este en Paraguay, una callecita de Maicao o cualquier rincón en nuestros Sanandresitos...

La educación ciudadana ya no es un rasgo de estatus social a partir de los comportamientos de determinados grupos. La educación ciudadana es un espectro de herramientas que posibilitan la convivencia en la ciudad.

Nuevamente aparece el relato en su dimensión metodológica: cuanto más puntual es la narración y con mayor claridad deja ver rasgos locales, mejor podemos reconocer la ciudad en un momento en que la globalización nivela los comportamientos. Recordemos la escena en que la novia de La Boda compra telas en los apretujados almacenes de las calles de Dehli, calles sin destino, pedazos de calles vistas a través de un filtro azul, imágenes de instantes que se rompen ante la presencia de un teléfono público o ante el sonido de un celular. ¿Dehli o Bogotá? Dehli coqueta... Bogotá coqueta. ¿Qué tan cerca de las estrellas queda Dehli?



...Ya es la hora... Voy a llamarla, dice alguien y deja en suspenso la conversación que mantenían. Busca el celular por todos los bolsillos.

- ¿A dónde la vas a llamar? ¿Ella dónde está? , pregunta un amigo.

- No sé, voy a llamarla al celular, responde, satisfecho por haberlo encontrado en el rincón más inesperado de la chaqueta.

- Yo no puedo pensar en alguien sin tener una referencia física dónde ubicarlo, insiste el amigo, fastidiado por la repentina intromisión del teléfono en medio de la conversación.

- No me contesta... le dejé un mensaje en el buzón...
- Un mensaje en el aire, para que ella lo encuentre en cualquier lugar donde quiera que esté...

En la ciudad de la comunicación, los mensajes adquieren carácter estético, enmarcados en lo instantáneo, en lo virtual;



el espectáculo embriagador de la ciudad sin formas y, por lo tanto, sin identidad; la ciudad de los flujos de información que produce preocupaciones estéticas, antes que éticas. Sin embargo, en los últimos diez años Bogotá cambió notablemente y la expectativa por lo nuevo dio paso a la experiencia con lo nuevo, que la secuencia de las tres últimas alcaldías puso al alcance de todos los ojos y de todos los usos:

los espacios de la ciudad y los comportamientos en la ciudad. Muchos de los relatos recogidos a mediados de la

década de 1990 y que nutrieron algunas de las reflexiones de Bogotá fragmentada, hoy ya no tienen interés. Se podría decir que, de la fascinación por la imagen, la ciudad pasó a la aceptación crítica de la imagen.

En la cultura de la simulación y el simulacro que inundó a Bogotá al comienzo de los noventa, la imagen se convirtió en la nueva realidad y, a través de un proceso semiológico publicitario y de comunicación, la estética dominó todos los ámbitos. Más allá de los juicios estéticos, la ciudad y el país vivieron la fascinación por el exceso. Este proceso fue fácilmente legible en la euforia de la publicidad y el consumo de aquellos momentos de dinero fácil y en la posterior recesión económica. También en el mundo político, donde los contenidos del discurso dieron paso a las formas del discurso. Por último, lo podemos ver en el arte, donde la liberación de la noción de obra de arte condujo a la pérdida de las referencias que permitían reconocerla como tal.

Diez años después, en Bogotá y en el país se duda de las imágenes. El exceso de comunicación e información y la proliferación de signos las volvió finalmente invisibles, les quitó significación y las convirtió en envoltorios vacíos. Retomando a Baudrillard, la información devora su propio contenido y el

intercambio social (...) crea un mundo que ha perdido el contacto con sus referentes en el mundo «real». No nos extraña, entonces, que la mirada haya pasado de las imágenes de una globalidad novedosa, al contenido tangible del conflicto local; de la euforia a la crisis, de la brillante vida urbana a la toma de conciencia de un territorio en el que dos millones de habitantes han sido desplazados de sus lugares de origen.

Así, la primera hipótesis de aquella investigación hoy aparece nuevamente: Existe una coherencia entre la identidad cultural y la identidad espacial de la ciudad, donde se rompe esa coherencia se evidencia una patología, que se manifiesta en los comportamientos de los ciudadanos. Hacia allí apunta la mirada de esta investigación a partir de los relatos urbanos.

Aquí quisiera dejar una pregunta al aire: En esta ciudad simulada, imaginada, representada... ¿qué significa educación? Sin dudas, educación es lo opuesto a represión y la educación urbana, es decir, lo que nos enseña la ciudad, es una invitación a la tolerancia y a la comprensión de las diferencias, un concepto cada día más lejano de aquellos otros conceptos que se basaban en la técnica y el control para lograr el ordenamiento de una estructura territorial y social que hoy está más cercana a la arbitrariedad de las redes que a la geometría euclidiana y a la razón neoclásica.